

LA NOVELA

Abrimos la sección más importante de la presente labor: importante por lo mucho y bueno que del género se ha producido en nuestro país; importante porque en él, como en ningún otro, puede hallarse y estudiarse nuestra índole característica, la expresión de nuestro nacionalismo; importante, en fin, porque es el poema en que se congloba, se condensa é intensifica la vida de un pueblo en todos sus tonos y matices, en todos sus órdenes y gradaciones, en todos sus géneros y categorías. Prosa como es por la forma, *verba soluta*, cae bajo los dominios de la poética, por cuanto en ninguna producción como en ella, la gran Maga tiene campo más vasto para realizar sus ficciones, para vestir á la fábula con todos los atavíos de las cosas reales y tangibles. La novela es el drama sin teatro, es decir, con un teatro tan amplio como es el mundo. El lector construye y mueve el escenario y anima á los personajes, ya en el fondo de su gabinete, ya en el banco del jardín, bien en la butaca del vagón en que viaja con la celeridad del viento, ya en la litera ó en la toldilla del barco que lo transporta á través de las bravas ondas; en pleno día, como en cerrada noche; arda el sol, diluvie ó escarche, y, por modo semejante, bajo la obsesión del autor, colabora con él á su manera, asociando al libro sus propias facultades. Última expresión á que ha llegado el arte, es lira, es arpa de infinitas cuerdas; es trompa, es flauta de sonidos infinitos; paleta de inagotables colores, cincel de cortes inúmeros... Todo lo pinta, todo lo traduce, así se trate de aspectos ó situaciones del mundo externo como de fenómenos que se operan en los abismos del yo. Todo lo penetra, todo lo inquiere, todo lo resuelve ó lo explica. En vano la Esfinge se le pondrá delante, dirá su secreto, y caerá muerta á sus pies.

Que hemos florecido en la novela, ¿quién osará negarlo? Que la hemos cultivado en todas sus formas, ¿quién se atreverá á contradecirlo? Que poseemos una novela nuestra, esencialmente mexicana, ¿cómo ponerlo en duda? Allí están de pie, solemnes y victoriosos, Fernández Lizardi, Sierra, Orozco, Cuéllar, Altamirano, Riva Palacio y no pocos más.

Con muy contadas excepciones, este género ha sido cultivado por todos nuestros literatos. Y sirva esto de excusa del por qué no hemos de hacer mención de cuantos han escrito novelas en el país, ni de todas cuantas han sido escritas. No es del resorte de este estudio trabajo semejante, ni, si lo fuera, quien esto escribe llenaría las condiciones que él requiere.

De fuerza hemos de concretarnos á los que hicieron obra de verdaderos noveladores y á la obra misma á que deben su notoriedad (1).

Don José Joaquín Fernández Lizardi es el fundador de la novela netamente nacional. *El Periquillo* y *La Quijotita*, sus dos capitales producciones, vivirán como monumentos imperecederos de la sociedad mexicana, tal cual España la dejó educada. La primera no tiene menos valor para nosotros que el que para ésta el *Gil Blas*; *La Quijotita* es muestra viva del producto de la educación femenina de aquellos tiempos, indigesto amasijo de vanidad, de falsa cultura y de mentida religiosidad. Ambos son documentos histórico-sociológicos de inestimable precio.

Tras la producción de Fernández Lizardi, vino la de D. José Joaquín Pesado, de D. José Gómez de la Cortina y de D. Ignacio Rodríguez Galván, en la que éste y el primero se mantuvieron á la altura que como líricos habían alcanzado. Rodríguez Galván fué más facundo que pesado, pues nos dejó cuatro composiciones del género: *La hija del Oidor*, *Manolito el pisaverde*, *La procesión* y *Tras un mal nos vienen muchos*, la primera con sus ribetes de historia, y de costumbres las otras restantes; el segundo nos dió: *El amor frustrado* y *El Inquisidor de México*, todas ellas informadas por el patrón que entonces privaba, el romanticismo neto. Las del conde de la Cortina fueron de imaginación pura: *Leonor* y *Euclea ó la griega de Trieste*.

(1) El estudioso é inteligente D. Luis González Obregón ha dado á conocer á cuantos han hecho novela en el país, en una laboriosa reseña que publicó el año de 1889 bajo el título de: *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*.

Surgió en Yucatán quien había de elevar la novela al grado de estudio de observación material y psicológica; fué el fundador y maestro de aquella literatura, D. Justo Sierra. No fué flojo en el género, como en ninguno podía serlo tan profundo pensador: su imaginación, al igual que sus otras facultades mentales, corría parejas con su laboriosidad. Aparte de lo que de carácter ligero compuso, leyendas y tradiciones, en las que reveló sus aptitudes para la novela, escribió cinco de éstas, todas ellas superadas por *La hija del judío* y *Un año en el hospital de San Lázaro*, verdaderas creaciones que le aseguran un puesto eminente entre todos los noveladores del mundo. En la primera denunció un poder de fantasía que le habría envidiado el mismo don Manuel Fernández y González para su pristina manera; la segunda, escrita en el difícil estilo epistolar, tiene el fondo, la entonación y colorido de la novela moderna, concepto por el cual se adelantó á los tiempos. Sus novelas, como sus escritos correspondientes al género, diólas á luz bajo el seudónimo de «José Turrisa», anagrama de su nombre, en los periódicos de que fué fundador ó dirigió, que ya quedaron anotados en otra parte. Es lástima que esas, sus dos principales producciones, como otra de autor distinto de que luego hablaremos, hayan caído en olvido, y estén corriendo riesgo de perderse por completo (1).

Para no apartarnos del orden cronológico, debe entrar aquí el fecundo novelador D. Florencio M. del Castillo, á quien ha dado en llamársele «el Balzac mexicano», título que á nuestro ver es hiperbólico. Tal vez el calificativo se refiera á la abundancia y facilidad, que no al fondo de la obra, que en este respecto más de uno le aventajó. Acaso haya sido parte, y la muy principal á su enaltecimiento, el haber sido una de las figuras más simpáticas de la política militante, en la que se dió en cuerpo y alma al partido á que estaba afiliado, el liberal rojo. Todo lo pospuso al servicio de sus convicciones: reposo, fortuna y hasta la vida misma, y no le intimidaron las persecuciones de sus adversarios vencedores, ni le arredró la muerte, que arrojó unas y otra, aunando á la fogosidad juvenil la serenidad estoica.

Sus novelas ó sus leyendas, como sus biógrafos las llaman, son: *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo!*, *Dolores ocultos*, *El cerebro y el corazón* y *La hermana de los Angeles*. Por la delicadeza de su estilo y la idealidad de sus tipos de mujer, el maestro Altamirano, y vaya si es autoridad, le apellidó «el Rafael de nuestra poética.»

La muerte codiciosa tenía en acecho su presa, parecía impaciente de arrebatárnoslo antes de que llegara á plena madurez. No cumplía aún los treinta años cuando D. Fernando Orozco desaparecía de la escena del mundo, dejando esbozada apenas su obra literaria. Lírico de potencia, no era el lado por donde más atraído

(1) Asegúrase que el hijo y homónimo del ilustre D. Justo Sierra se ocupa en arreglar la reedición de las dos novelas. Si tal hiciere, prestará con ello un gran servicio á las letras patrias.



D. Joaquín Blengio

se sentía al culto del arte. Su pincel necesitaba lienzos más amplios á que trasladar sus imágenes y concepciones.

Sus talentos habían sido creados para la novela y el teatro. Del primer género sólo una producción nos dejó, mas en tal modo viva, honda, sentida y verdadera, que no habría que pedirle más para colocarlo á la cabeza de nuestros novelistas.

No fué blanca la estrella de Orozco, y ella presidió los destinos de la obra: *habent sua fata libelli*, y *La guerra de treinta años* no pasó de la generación que la vió apuntar en nuestro horizonte literario como fulgente mañana de primavera. Esa novela, del más alto interés psicológico, amenaza quedar sumergida en el olvido.

Mención honorífica habría merecido al tratarse de la dramática, mas fué el caso que ninguna de sus cinco comedias, *La tienda de modas*, *Tres patriotas*, *Tres aspirantes*, *Amistad* y *El novio y el alojado*, escrita ésta en colaboración con el eminente literato D. Manuel María de Zamacona, se vieron en la escena.

Dejónos Orozco otros manuscritos, que sería de desear nos los diera á conocer mano amiga de las letras, ya que, por venir de quien les dió forma, han de ser interesantes.

En aquellos días en que Sué era objeto de devoción en España y aquí, en que eran leídos con avidez *El Judío errante* y *Los Misterios de París*, y se escribían *Misterios* de todas partes y de todas las cosas, don Pantaleón Tovar pagó tributo á la moda dando á los tipos su novela: *Ironías de la vida*, en la que puso á servicio y extremó los recursos del romanticismo.

El numen de *el mártir de Tacubaya*, epíteto con el que es designado el joven poeta D. Juan Díaz Covarrubias, no fué extraño á la composición romancesca, del cual género nos dejó: *La clase media*, *El diablo en México* y *Gil Gómez el insurgente*, de costumbres la primera é histórica la tercera, que fué la más estimada y aplaudida, por el acierto con que su viva imaginación explotó la historia de nuestra guerra de emancipación en uno de sus períodos de mayor recrudescencia.

El fístol del diablo, de D. Manuel Payno, llamó la atención por la belleza y humorismo del estilo. A causa del papel que hace el funesto *fístol*, instrumento de maleficio, confina con la leyenda. Esta novela pudiera haber sido sugerida al autor por la de Pablo Feval: *El hijo del diablo*. El célebre hacendista gustaba de entretener sus ocios en ese género literario, y escribió algunas novelas más, entre ellas: *Los bandidos del Río-Frío*. Su trascendencia en nuestra literatura no ha tenido importancia.

Filósofo nada vulgar fué D. Nicolás Pizarro, como lo dió á conocer en sus escritos, y señaladamente en el orden sociológico en *El Monedero*, novela de costumbres impregnada de espíritu reformista y de nobles aspiraciones por la suerte de la desvalida clase del pueblo. Su otra novela, *La coqueta*, es algo así como una paráfrasis de *La Quijotita*.

Todos recordamos todavía á *el Viejo*, mote que llegó á substituir el nombre de D. José María Ramírez. Rica fué la labor romancesca de este notable literato, que en sus días logró ser el más popular de nuestros novelistas. Cada una de sus producciones es estudio escrupuloso de determinado *estado de alma* ó de tipos que no escasean en nuestro medio social, y de ahí el interés con que fueron recibidas. Pasiones y sufrimientos en juego armónico ó contradictorio constituyen los temas de sus libros, que acierta á desarrollar hábil y agradablemente. He aquí los títulos de sus novelas, por el orden que las dió al público: *Avelina*, *Celeste*, *Ellas y nosotros*, *Gabriela*, *Los picaros*, *La rosa y la calavera*, *Herminia*, *El anillo y la flor blanca*, *María de las Angustias*, *Una rosa y un harapo* y *Mi frac*.

Más fecundo que Ramírez, pero menos feliz que él, fué D. José Ribera y Río, quien llegó á dar á la estampa hasta más de un veintena de novelas, número exorbitante, si se atiende á que casi todas alcanzan fatigosa extensión. Según opinión corriente, el mérito que las distingue es la verídica pintura de algunos tipos de nuestra sociedad. La lista que consultamos de sus novelas, contiene las siguientes: *Alfredo ó los remordimientos*, *Los misterios de San Cosme*, *Paula*, *La vida del corazón*, *La virgen del Niágara*, *Fatalidad* y *Providencia*, *Mártires y verdugos*, *Los dramas de Nueva-York*, *El hambre y el oro*, *Esqueletos sociales*, *Memorias de unos naufragos*, *Pobres y ricos de México*, *Recuerdos y desencantos*, *Las tres aventureras* y *La beldad de los sepulcros*.

La novela hacía su evolución; su fisonomía íbase delineando en el sentido de acusar un sello de nacionalidad bien marcado, y á tan importante labor fueron cuatro (ya es sabido que no hablamos de nuestros novelistas aun vivientes) los que más eficazmente contribuyeron, como que por su ingenio, por su saber y peculiares aficiones eran los más aptos para la realización de esa fenomenalidad literaria; por supuesto, que no todos sembrando en el mismo surco, sino según sus características inclinaciones: D. Vicente Riva Palacio, D. Ignacio M. Altamirano, D. José T. de Cuéllar y D. Eligio Ancona, aquí en el centro los tres primeros y el último en Yucatán.

En nuestra historia halló Riva Palacio el filón de su tesoro novelesco, que es abundante y de crecidos quilates. La verdad y la ficción se encuentran en aquél felizmente consonadas, de modo que la parte meramente imaginaria resulta verosímil, sin falsear para nada los hechos establecidos ó admitidos, sino sirviéndose del relato anecdótico para hacerlos más interesantes. Tal parece que debe ser el criterio que informe la novela histórica, y Riva Palacio siempre se mantuvo dentro de él. Agréguese á esto la fácil donosura del estilo, y quedará explicado por qué su producción goza del favor del público. Á raíz del triunfo de la República contra la invasión extranjera y el Imperio, editó su primera novela bajo el simbólico título de *Calvario y Tabor*, á la que sucedieron, acaso no en el orden en que van mencionadas, *Monja y casada*, *Martin Garatuza*, *Los piratas del Golfo*, *Las dos emparedadas*, *La vuelta de los muertos* y *Don Guillén de Lampart*.

Riva Palacio fué una personalidad gratamente conocida y grandemente estimada en la corte de España, donde alternó con lucimiento con ambas noblezas, la del talento y la hereditaria. En la casa de la calle de Valverde entraba como en la propia suya, y los académicos se disputaban el favor de su amistad. Allá dió á la estampa los *Cuentos del General*, postrimera muestra de su gracia de narrador y de la riqueza de su inventiva.

Águila que se remontaba más allá de las cimas, D. Ignacio M. Altamirano dominó todos los asuntos á que aplicó su poderosa intelectualidad; por eso fué y es «el Maestro.» Como en la lírica, fué en la novela, género del que nos legó imperecederos ejemplares. Psicólogo finísimo, el escalpelo de su análisis penetró muy hondo, y las pasiones y los sentimientos que él pinta son pasiones y sentimientos netamente humanos, que no pecan ni de exagerados ni de deficientes. Une á la sencillez el aticismo más delicado, el arte más depurado á la naturalidad, y su frase, no sólo se oye con fruición, sino que se paladea, valga la figura. *Clemencia* y *Beatriz*, sus dos novelas más conocidas, con ser gemelas, nada tienen de semejantes, cada una de ellas es un tipo, una creación aparte. Si Pígmalión en la una, es Fídias en la otra; y no que sean inferiores á estas dos *Julia* y *Antonia*, que aquélla fué su revelación de inspirado romancista, y ésta, dato elocuente del pleno desenvolvimiento de sus facultades para este género de producción.



D. Casimiro del Collado